



Palabras, no hechos

Rafael Iglesia

Hoy se comienza a percibir con mayor claridad una mutación en la ecología humana, es decir, en la relación de los hombres con su mundo. La carne y la piedra sostienen un diálogo diferente. Creo que estamos al comienzo de algo, aunque no pueda decir a ciencia cierta de qué se trata. Este desconocimiento no le quita valor al producto: la intuición. La refuerza, ya que el desconocimiento es consecuencia de lo que no conocemos (otra cosa es la ignorancia). La tarea, entonces, es descifrar lo desconocido.

Para decirlo de una vez: estamos cambiando de medio. Esta transformación nos pone en la misma situación que el hombre primitivo, aquél que comprendió que debía modificar la naturaleza para poder sobrevivir, ya que era imposible adaptarse por ser el más débil de los animales. De allí que el hombre no tenga medio sino mundo: necesita mundular (limpiar y ordenar) el entorno para vivir en él. Y es este entorno el que ha cambiado en los últimos años, consecuencia de eso que llamamos globalización y que sin duda habrá que domesticar. Por ahora, a la manera de nuestros antepasados, estamos identificando los frutos comestibles y recolectándolos (me refiero al consumo de imágenes e información); pronto tendremos que ocuparnos de cocinarlos (reflexionar y transformar para producir), es decir, recomenzar el camino de la civilización que nos trajo hasta acá. A pesar que hemos dado un giro de 360 grados, no estamos donde partimos, estamos más lejos, tal vez hemos andado en círculos, pero hemos llegado a otros tiempos, y no necesariamente a otros espacios, a otros lugares.

La globalización esencialmente globaliza el mercado. Atrás en la historia, el mercado, para decirlo en pocas palabras, dio lugar a la ciudad: la ciudad, esta no es la suma de sus edificios (como quisieran los urbanistas), es todo lo demás y fundamentalmente es intercambio. Sin embargo, aquel mercado y el que hoy conocemos son radicalmente distintos. El actual, ya no es un punto de encuentro, como lo era el otro, ha tomado las dimensiones del mundo, algo así como la esfera de Pascal cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. Y éste (el mundo) se rige casi en forma exclusiva con sus reglas. Esta supremacía se instala en nombre del "desarrollo". Si la modernidad se identificaba con la palabra

“progreso”, la globalización es sinónimo de “desarrollo”. Y este desplazamiento conceptual, aunque a primera vista sea nada más que una sustitución sin mayores consecuencias, no es poca cosa y merece que lo sometamos a una pequeña reflexión. El progreso (en teoría) es indefinido y sostenido en el tiempo. Asociado a las ideas de acumulación (de bienes, de experiencias, de conocimientos, etc.), y de futuro, el progreso avanza hacia delante. Tiene un sentido, una dirección: adelante, siempre un paso más allá espera la utopía con su promesa de un mundo de bienestar común para todos.

Desarrollo es la acción o efecto de desarrollar, que es, a su vez, descoger lo arrollado, deshacer un rollo. Desenrollar no supone dirección alguna; sí, una fuerza que lleve a cabo la acción. Es una operación finita, porque todo rollo lo es. Las nociones temporales que marcaban el pulso del progreso aquí no revisten mayor gravedad.

Entonces, ¿cuál es el rollo que desenrolla la globalización? Arriesgo una respuesta: la Modernidad. Hoy el progreso ha encontrado su límite: la tecnología electrónica marca el final de la tecnología mecánica y las catástrofes naturales, el calentamiento global, las nuevas epidemias acaban con la utopía del mundo mejor. Con la Modernidad, por primera vez la humanidad estuvo en condiciones de producir lo necesario para todos. Sin embargo esconde un fracasado: sigue habiendo pobreza, aunque no por escasez, sino por distribución. Sin un/su sentido, la Modernidad bien puede ser un rollo. Que las nuevas tecnologías están desenrollando para aplanar el mundo vía Internet, tal como fue en un principio cuando creíamos que la tierra era plana.

Si el “desarrollo” es el leitmotiv de la globalización, Internet es la herramienta privilegiada. En la Modernidad este papel le cupió a la arquitectura, ya que era necesario envolver las actividades del hombre. Envolver y convocar es lo que hemos hecho hasta hoy. Habría que preguntarse hasta cuándo, o cómo envolver las actividades del hombre cuando se vuelven abstractas y desaparecen como visibilidad, como espectáculo, cuando existen otras tecnologías que permiten el desarrollo de las actividades del hombre sin convocar. Internet no necesita muros, ni alguien que la envuelva y menos que le hagan sombra. La arquitectura entre otras cosas da sombra, aunque algunos “star” edifiquen solo para asombrar. Jorge Luis Borges afirma: “El Verbo, cuando fue hecho carne, pasó de la ubicuidad al espacio, de la eternidad a la historia, de la dicha sin límites a la mutación y a la carne”. Esta reflexión sobre el cristianismo me obliga a pensar que Internet hace el camino inverso: recupera la ubicuidad, la eternidad y la dicha sin límites para su universo virtual y desecha la historia (la tradición) y la carne (la materia). De la misma manera las actividades del hombre ya no necesitan sustantivarse en lugares y se verbalizan. Nosotros aún no estamos en condiciones de prescindir de ellas (cada uno verá que conservará de ambas), pero cuanto antes entendamos que hoy encuentran su clausura muchos años de evolución humana, antes estaremos en condiciones de lidiar con este nuevo medio y provocar que éste rinda sus mejores frutos para todos. Porque hoy lo que se necesitan son palabras y no hechos, tenemos que comenzar de nuevo con los grandes relatos. Lo que hay que construir es un discurso, para saber a donde ir. En esta época quizás la geografía no sea menos importante que la historia, porque lo que necesitamos es orientación, Internet el fenómeno que cambia todo, no tiene tradición y la historia tal como la consumimos no esta en condiciones de darnos respuestas para el futuro. Y ante lo desconocido la experiencia cede lugar a la experimentación, ésta es geográfica, ya que tiene que explorar nuevos territorios, es ir hacia delante, es futuro, la experiencia es lo contrario, mirara par atrás, es el pasado. La modernidad es progreso, ir hacia delante, la utopía nos prometía un mundo mejor, pero la globalización nos insinúa volver a antiguas formas de dominación.

El hombre desde que es tal siempre hizo mimesis con su medio para construir sus herramientas, así el avión es un pájaro, un auto un cuadrúpedo, una pinza una mano de hierro, una rueda una piedra o un tronco que rueda. Habrá que ver en este nuevo medio, en base a que abstracciones desarrolla los nuevos instrumentos para volver a progresar, y proyectarnos con algún grado de certeza. Tenemos que interpretar estos nuevos paradigmas antes de tratar de formalizar este nuevo medio, tal como sucedió en todas las épocas. Así como ante una manzana mordida por Adán el catolicismo vio el pecado, cuando la razón tomo el lugar de los dioses Newton vio la ley de la gravedad, y hoy Macintosh mordió la manzana y transformo la culpa en otra cosa que aún no sabemos como “funciona”■